

OTRAS VOCES

A FONDO | INTERNACIONAL Al hilo de las convulsiones sufridas por Angela Merkel y del movimiento del gretismo, el autor aborda la división política en Alemania y la fuerza de las reivindicaciones en materia de medio ambiente.

Temores y temblores en Alemania

RAMÓN AGUILÓ

TIEMBLA Angela Merkel y con ella una nación acostumbrada a que fuera Europa quien tiritaba cuando la canciller alzaba los ojos. Su alarmante estado de salud ha sido achacado oficialmente al calor y la deshidratación, pero resulta extraño pensar que la persona más poderosa del viejo continente se deje derrotar así, como un mero títere, ante los embistes técnicos de la naturaleza. Irónicamente, el Gobierno pretende aclarar los temblores de su canciller con los temores de su población, que ha entregado su alma a Los Verdes para que la rediman de su máximo pecado: el cambio climático. La dirigente de Los Verdes, Annalena Baerböck, por si acaso, lo tiene claro: tiembla la canciller porque arde el planeta. Mientras Merkel se

tambalea en Berlín, en Múnich caen de un colérico firmamento gélidos pedruscos del tamaño de una pelota de golf: si se pudiese travesear con las metáforas, uno diría que es la tarde de los cristales rotos.

En Hamburgo, la temperatura ha bajado de golpe 10 grados y lo que era un día soleado se ha transformado en una clausura de noche en la que chorrea rabia del cielo. Unos afirman que todo este tormentoso paisaje anuncia que estamos cerca del fin del mundo. Otros, que de lo que realmente estamos cerca es del final de la Gran Coalición formada por el SPD y la CDU. Los más cínicos apuntan que de lo más alto no llue-

ven siquiera cantos, sino más votos para Los Verdes, los cuales, según las últimas encuestas, ya han superado por primera vez en la historia en intención de voto a la CDU de Merkel, cuyas preocupantes convulsiones son equiparables a la convulsión que supondría para Europa que Robert Habeck, el apuesto jefe de Los Verdes, conquistara en breve la Cancillería. Si Alemania vuelve a padecer un verano como el anterior o peor, en el que se rocen los 40 grados y haga más calor que en la estimada Mallorca, nadie apuesta a que la Gran Coalición llegue al otoño sin haberse fundido antes como un triste helado.

El clima extremo que vive Alemania en estos meses puede ser, efectivamente, uno de los factores que hayan empujado a Los Verdes a insospechadas cotas de popularidad. Pero hay otros quizá no tan naturales, como la asombrosa notoriedad que ha adquirido en la república la activista sueca Greta Thunberg y su catecismo medioambiental: cada vez más jóvenes alemanes deciden hacer novillos los viernes y salir a la calle a manifestarse a favor de un cambio radical en la política ecológica del país.

Al principio denostados como una mera diversión de cuatro imberbes mal alimentados, los *Fridays For Future* que inició Thunberg se han convertido en un movimiento ideológico juvenil que ha pillado descolocados a los partidos tradicionales, que han pasado de despreciar abiertamente a los jóvenes a pedir a los padres que por favor les tapen la boca a sus impertinentes críos. Hace poco le preguntaron a Peer Steinbrück, anterior ministro de Finanzas del SPD, qué opinaba sobre los *Fridays For Future*. Su respuesta fue categórica: «En nuestro país la enseñanza es obligatoria. Punto y final. Si empezamos a saltarnos las obligaciones por excusas más o menos nobles, si dejamos que el moralismo esté por encima de la ley y nos dicte lo que hay que hacer en cada momento concreto, ¿dónde vamos a acabar?».

Steinbrück esbozó así el problema que divide actualmente a Alemania en dos bandos irreconciliables; aquellos que aplauden a los jóvenes, entre los que se encuentra gran parte de la socialdemocracia, Los Verdes y La Izquierda; y aquellos otros, representados por la CDU, los liberales y la derecha populista AfD, que piensan que, ante todo, hay que reverenciar la ley y esperar a que los acuerdos parlamentarios fructifiquen y se pueda conciliar la lucha contra el cambio climático con la prosperidad económica. Se trata, en el fondo, de uno de los dilemas kantianos por excelencia y que en España conocemos muy bien, el que ani-

da entre la legalidad y la legitimidad, entre la obediencia a la ley y el derecho a la desobediencia. Por ahora, los partidarios de la desobediencia van ganando. ¿Y cómo no ponerse de su lado cuando está en juego el futuro de la tierra y se apela a nuestra eminente autodestrucción? ¿Hay acaso algo más emotivo y convincente para nuestra razón que la evidencia de su autonegación en un apocalipsis climático? Algunos opinan que toda esta euforia es meramente circunstancial, debida al espléndido momento económico que vive el país y a las bajas cifras de desempleo, que invitan al oculo ecológico y a especular que la lucha contra el cambio climático será gratis.

RESULTA una de las paradojas esenciales del gretismo que se le considere un movimiento ideológico de izquierdas, cuando las medidas que propone, desde el impuesto sobre las emisiones de dióxido de carbono a las penalizaciones medioambientales,

afectarían en primera y casi única instancia a las clases sociales menos pudientes. Los Verdes deben aclarar todavía qué ocurrirá con todas esas regiones del este de Alemania que sobreviven gracias al carbón cuando se renuncie a él en nombre de una lucha contra un fantasma (el cambio climático) en el que allí nadie cree. Y también, cuál será el destino laboral de los centenares de miles de trabajadores de la industria automovilística, cárnica y aeronáutica una vez se haya desmantelado por completo su fundamento energético. ¿Qué prefiere usted, salvar el planeta o salvar su hogar?

El gretismo es precisamente esa trampa: la infeliz inconsciencia de que cuando uno ya no tenga donde caerse muerto se reduzca todo a una mera cuestión natural y no económica. No en vano se ha culpado a Los Verdes de recurrir a la angustia ecológica para ganar votos, acusándoles de practicar sin escrúpulos un populismo medioambiental políticamente correcto capaz de dejar sin aliento y equilibrio a la mismísima Merkel. Puede que haya quien se sorprenda de que la nación más seria y severa de Europa se deje empapar de tal puerilidad. Pero es justo por eso, por su seriedad y su severidad, por lo que la vieja Alemania sueña hoy con ser joven todavía.

Ramón Aguiló es profesor de Filología Alemana en Bremen (Alemania).

Cada vez más jóvenes alemanes se manifiestan a favor de un cambio radical en la política ecológica

La dirigente de Los Verdes Annalena Baerböck lo tiene claro: tiembla la canciller porque arde el planeta

CARTAS AL DIRECTOR

Los textos pueden enviarse por correo electrónico a cartas.director@elmundo.es o por correo postal a la Avenida de San Luis, 25, 28033, Madrid. No excederán de 20 líneas y EL MUNDO se reserva el derecho a refundirlos. No se devolverán originales. Las cartas deben incluir el número del DNI y la dirección del remitente. EL MUNDO podrá dar contestación a las cartas dentro de la misma sección.

Mensaje de Taiwán a España

Sr. Director: Como representante de Taiwán en España, resulta muy satisfactorio para mí que dos países tan alejados cultural y geográficamente como España y Taiwán demostramos compartir valores de transcendencia universal como la democracia, la libertad y el respeto por los derechos humanos. Coincidimos ambos en la experiencia de una

transición histórica hacia la democracia culminada con éxito; compartimos con orgullo —especialmente, en estos días de reivindicación de la diversidad— una legislación que permite el matrimonio entre personas del mismo sexo, de la que España fue pionera en Europa y nosotros somos ahora el primer país en Asia; y somos, sobre todo, dos sociedades que se distinguen por su especial preocupación por los derechos humanos funda-

mentales. Por eso sorprende la actitud de España al haber dejado en manos de un régimen autoritario y nada respetuoso con los derechos humanos y con los derechos de las minorías sociales o religiosas, como es el de China continental, a 94 ciudadanos taiwaneses que permanecían en España sospechosos de un delito de fraude telefónico, y que han sido finalmente extraditados a Pekín para ser juzgados allí. Mientras esto sucedía en

España, el mundo entero miraba con expectación hacia Hong Kong, donde millones de manifestantes alzaban su voz contra una ley que permitiría precisamente la extradición de sospechosos para ser juzgados en China continental. Ello demuestra el fracaso de la fórmula de «un país, dos sistemas» que Pekín ha querido implantar en Hong Kong y en la que aspiraba a incluir algún día a Taiwán, cuando la isla es —tal vez convenga

recordarlo en España después del caso de la extradición— «otro país, soberano e independiente, y «otro sistema libre, democrático y respetuoso con los derechos humanos. Embajador José María Liu. Representante de la Oficina Económica y Cultural de Taipéi.

Sánchez relajado

Sr. Director: A la vista de la falta de concreción en los pactos, no pa-

rece que Pedro Sánchez tenga mucha prisa por formar Gobierno. Ni ha planteado ningún acuerdo concreto a Podemos, al que ha declarado socio preferente, ni parece tener intención de llegar a algún tipo de alianza con Rivera, por mucho que las presiones del sistema se orienten hacia Ciudadanos. Sánchez ni quiere socios de los que se nofia como Pablo Iglesias. No es ya descabellado pensar en una repetición electoral. Luis Pérez. Madrid.